

**EN BUSCA DEL ROMANCE PERDIDO:
«RIO VERDE, RIO VERDE»**

por
MAXIMIANO TRAPERO

PUBLICADO EN LA «REVISTA DE DIALECTOLOGÍA Y TRADICIONES POPULARES»
TOMO XLI (1986)



MADRID, 1986

En busca del romance perdido: “Río verde, río verde”

Pocas veces nos es dado asistir a la muerte de un romance tradicional, ese género poético español que hundiéndose sus raíces en la Edad Media ha logrado sobrevivir, sorteando los más diversos y adversos obstáculos, hasta ahora mismo en las memorias anónimas de un pueblo generalmente rural e iletrado. La propia condición de su transmisión oral y el absoluto abandono en que por parte de la crítica y los estudiosos de la literatura —éstos más apegados siempre a la escritura, a la *littera* del texto— ha vivido siempre la literatura de tipo oral han hecho que las circunstancias de su propia existencia nos sean poco menos que desconocidas. Textos que nacieron en el siglo xv, o antes, y que fueron fijados por la imprenta en los grandes Cancioneros y Romanceros del xvi y xvii han vuelto a reaparecer para los estudiosos del género en el siglo xx; pero hubo por medio varios siglos de voces anónimas que no merecieron la atención de la crítica. ¡Cuántos de ellos murieron en ese intermedio sin que podamos ahora decir cuándo y en qué circunstancia! Poder contar, pues, el caso particular de un romance «viejo», nacido en el siglo xv, que ha sobrevivido hasta 1983 por vía tradicional sin que nadie hubiese dado noticia de su existencia —excepto dos versiones impresas en el siglo xvi— es un acontecimiento histórico-literario que bien merece ser narrado. Y si, además, las voces que han llegado hasta hoy de este romance parecen ser, con toda probabilidad, las últimas que se oirán, el acontecimiento se convierte en casi único, singular.

1. UNA ENCUESTA ROMANCÍSTICA EN LA ISLA DE LA GOMERA

Una vez transcritos todos los materiales que habíamos recolectado en la isla de La Gomera, recogidos por mi mujer, Elena Hernández Casañas, y por mí en el verano de 1983¹ —recolección que se encuadra dentro de un

¹ La encuesta la dividimos en dos etapas: la primera del 23 al 27 de julio y la segunda del 18 al 24 de agosto. Durante los días 20 y 21 de agosto nos acompañó como encuestador Lothar Siemens Hernández.

ambicioso proyecto de exploración sistemática de la tradición romancística en todas las Islas Canarias y de cuyos resultados espectaculares pueden ya dar fe los *Romancero de Gran Canaria, I*² y *Romancero de la isla del Hierro*³— nos quedaron unos pocos textos sin identificación por nuestra parte: era la primera vez que los oíamos, y su propia particularidad de fragmentos —cada uno de los cuales no pasaba de unos pocos versos— nos impedía reconocer en ellos más allá del inicio del tema, algún nombre propio o una secuencia particular que quedaba bruscamente cortada por el olvido del transmisor. Pero no todos estos restos ofrecían el mismo interés: alguno tenía el principio inconfundible de los de pliego, pero otros tenían todos los visos de ser romances tradicionales viejos y, a lo que a nosotros alcanzaba, era la primera vez que se recogían en Canarias; por eso llamaban especialmente nuestra atención. Uno de ellos, el más inquietante, decía así:

Sobre ti, Peña Mermeja, murió gran caballería,
 murieron curas y condes en la ciudad de Valía,
 murió aquél que va juyendo por una loma p'arriba.
 —Espérame, Sabesbera que yo bien te conocía,
 conozco a tu padre y madre y a tu hermana doña Elvira.

El informante que nos había dicho estos versos se llamaba Domingo Medina Medina, tenía 65 años y vivía en Pavón, un barrio de Chipude, perteneciente al ayuntamiento de Vallehermoso, debajo mismo de la famosa Fortaleza de La Gomera. Vivía en Pavón pero era natural de Los Aceviños, un pueblo metido en el corazón del monte del Cedro (ayuntamiento de Hermigua) y del que ya teníamos muestras suficientes para considerarla la localidad gomera que más y mejor conservaba la tradición romancística. Así que el haber nacido en un pueblo de estas características ofrecía una cierta garantía de que su «sabiduría» tradicional era auténtica y muy vieja. Efectivamente, antes de estos versos nos había dicho otros pertenecientes a *El caballero burlado*, a *Lanzarote y el ciervo del pie blanco*, a *El milagro del trigo...*, aunque todos ellos fragmentarios. No le era desconocida la palabra romance, al contrario, hacía grandes elogios de las historias que se contaban en ellos, de los muchos que había, de lo mucho y bien que se cantaban en su pueblo, de los que sabía su padre y de los que él mismo aprendió cuando joven, cuando vivía en Los Aceviños. Pero ahora ya eran otros tiempos, hacía

² Maximiano TRAPERO, *Romancero de Gran Canaria, I: zona del sureste (Agüimes, Ingenio, Carrizal y Arinaga)* (Las Palmas: Excma. Mancomunidad de Cabildos, 1982), con la colaboración de Lothar Siemens Hernández.

³ Maximiano TRAPERO, *El Romancero de la isla del Hierro* (Madrid: Seminario Menéndez Pidal - Cabildo Insular del Hierro, Ed. Gredos, 1985), con la colaboración de Elena Hernández Casañas y Lothar Siemens Hernández.

mucho que no los practicaba y, claro, eso siempre se olvida. De tal forma que conocer conocía muchos, o al menos le «sonaban», pero fue incapaz de decir uno solo entero: confundía las historias, mezclaba los versos de uno con los de otro, quería escaparse de nuestra insistencia y daba muestras evidentes de la decadencia generalizada en la que vive el romancero por todas partes del mundo: marginalidad, olvido, recuerdo a retazos. El mismo, cuando acabó de decir el último verso,

conozco a tu padre y madre y a tu hermana doña Elvira

calló un momento, hizo esfuerzos de memoria y continuó con otros versos del *Lanzarote*. Sin duda el nombre de doña Elvira le llevó inconscientemente al romance del caballero bretón, por ser ese el nombre que se le da en la tradición gomera a la princesa que se casará con Lanzarote (en la tradición gomera y canaria se le llama Baltasar):

Hoy se celebran las bodas Baltasar y doña Elvira,
 hoy se celebran las bodas mañana se casarían.

No hubo posibilidad de continuar. Ni él recordaba más ni nosotros podíamos ayudarle en nada. Los versos que había dicho nos eran totalmente novedosos. Otras veces, aunque el encuestador no sepa de antemano —como es lógico— la versión que está recogiendo, conoce por lo menos la historia del romance o sabe algunos versos formulaicos que se repiten casi sin variación en todas partes o sabe otras variables que pueden servir de apunte para el momento de la entrevista, y una cosa u otra suelen dar buenos resultados: el informante vuelve al hilo perdido y puede continuar fácilmente con el texto de su versión. A nosotros nos llamó mucho la atención ese primer verso de Domingo Medina:

Sobre ti, Peña Mermeja, murió gran caballería

Instintivamente, como a quien despiertan del aburrimiento con una sorpresa grande, le dijimos: —¡A ver, a ver ése!—. Nuestro interés le dio ánimo para llegar al verso cinco, nada más.

Nunca más volvimos a oír esos versos en las encuestas que siguieron a aquella de Pavón, aunque la verdad es que ni lo intentamos; sencillamente no sabíamos por qué preguntar. Pero es que, además, aquellos versos de Domingo Medina, aun pareciéndonos «viejos» desde un principio, no nos revelaban entonces nada extraordinario estando como estábamos en una isla en donde el romancero es absolutamente extraordinario.

2. LA IDENTIFICACIÓN DE UN ROMANCE «VIEJO»

El interés particular por los cinco versos de Domingo Medina vino después, en el momento de identificar y clasificar los materiales de cara a una publicación con el título de *Romancero de la isla de La Gomera*. Consultamos romanceros, cancioneros y colecciones de poesía popular recogidos modernamente por muy distintas partes del mundo hispánico, revisamos bibliografías romancísticas, consultamos «incipits» y primeros versos de textos antiguos y modernos pero ninguna pista aparecía que pudiese ser el camino para averiguar de qué romance se trataba. Los versos transcritos no nos daban más opción que a pensar en un romance en el que se relataba una batalla de resultados desastrosos para el ejército de Sabesbera. ¿Pero quién podía ser ese Sabesbera? El nombre del personaje podía ser auténtico pero también podía estar modificado por una tradición no muy acostumbrada a un nombre no muy común, podía ser el resultado de una larga confusión fonética que como en tantos otros casos llega a la derivación absurda. El nombre de Elvira, por otra parte, nada podía indicar por lo común que es en el romancero tradicional, tanto que en nuestro entender de entonces había llegado a cerrar la memoria del informante para pasar por él a otro romance distinto. Quedaba el topónimo Peña Mermeja, fácilmente deducible por Peña o Sierra Bermeja, que debía existir en algún punto de la geografía española peninsular, no canaria, desde luego. Pero el lenguaje y el estilo de los cinco versos eran totalmente tradicionales, auténticos; debía ser, pues, el fragmento de algún romance viejo no conocido por nosotros. Había que revisar con detenimiento los romanceros antiguos, empezando por el *Cancionero de Amberes*⁴, la primera antología de romances que se imprimió hacia 1547-1548.

Y apareció. La *Primavera* de Wolf⁵, la antología del XIX que mejor representa el romancero viejo, lo recoge con el número 96 y lo clasifica entre los romances fronterizos con el título de *Romance de Saavedra*. De él transcribe tres versiones: la primera procedente del *Canc. s. a.* y la segunda y la tercera, 96a y 96b, respectivamente, de la novela *Guerras Civiles de Granada* del murciano Ginés Pérez de Hita⁶. Así empieza la versión del *Canc. s. a.*:

⁴ Martín NUCIO, *Cancionero de Romances* (Amberes, s. a.). Cit. *Canc. s. a.*

⁵ Fernando José WOLF y Conrado HOFMANN, *Primavera y flor de romances* (Berlín, 1856), ed. de Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, VIII, 2.ª ed., (Santander, 1945). Cit. *Prim.*

⁶ Ginés PÉREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada* (1595) (Madrid: BAE, III, 1849).

¡Río Verde, Río Verde, más negro vas que la tinta!
 entre ti y Sierra Bermeja murió gran caballería.
 Mataron al conde Ordiales, Sayavedra huyendo iba;
 con el temor de los moros entre el jaral se metía...

¡Claro! Se trataba del viejo romance *Río Verde, Río Verde*, que así es como se le denomina en los estudios sobre el romancero. ¿Pero cómo podíamos adivinar antes que ese primer verso, «Río Verde, Río Verde...» era justamente el que faltaba en la versión de Domingo el de Pavón? Nuestra primera reacción fue la de la sorpresa ante el hallazgo: por primera vez oíamos estos versos en Canarias, por primera vez oíamos que versos de este romance estuvieran vivos en la tradición moderna de España. ¡Un romance fronterizo! ¡Y en La Gomera! ¿Cómo pudo llegar a formar parte de la tradición popular de una isla tan alejada de los escenarios en que los acontecimientos que se cuentan en los romances fronterizos tuvieron lugar y en un tiempo en que la isla canaria luchaba contra el invasor castellano? ¿Cómo un tema como el de las luchas finales entre moros y cristianos tan ajenos a la historia y a la mentalidad de Canarias había podido interesar e interesaba hasta ahora a un pueblo como el de La Gomera? Los versos que nos había dicho Domingo el de Pavón los podía haber aprendido —llegamos a pensar— de cualquier libro y con ello se borraba toda suposición de tradicionalidad. Pero no daba esa impresión: Domingo nos había dicho que él no sabía leer, que el romance lo había aprendido de su padre cuando niño y que, para más evidencia, había nacido y crecido en un pueblo, Los Aceviños, en donde el romancero tradicional es tan rico y está tan vivo que no necesita de libro alguno. Nos quedaba la prueba definitiva: contrastar los cinco versos de Domingo con los textos antiguos; pocos versos eran pero sí suficientes para demostrar su autenticidad tradicional.

En efecto, los cinco versos de Domingo el de Pavón estaban también en los textos viejos, casi palabra por palabra, pero no en una sola versión sino en correspondencia con las tres, y no de forma simultánea con cada uno de ellos sino progresivamente configurados en un discurso totalmente original y distinto al de las versiones del xvi. Con lo que sacamos dos conclusiones importantes: 1) que ya en el siglo xvi el romance *Río Verde* era popular y que era posible oír versiones varias; 2) que la versión de Domingo el de Pavón no derivaba de ninguna de las tres, con lo que había que presuponer una evolución particular a lo largo de la tradición oral de la versión gomera o que, en todo caso, derivaba de otro modelo «viejo» distinto a los conocidos y no recogido por escrito ni en Cancioneros ni en pliegos. Comparados los versos gomeros con los del xvi, se da esta equivalencia:

<i>Vers. Gomera</i>	<i>Prim. 96</i>	<i>96a</i>	<i>96b</i>
1	2	2	
2		3	5-6
3		5	9
4		8	12-13
5		10	15

Del verso primero de los textos antiguos:

¡Río Verde, Río Verde, más negro vas que la tinta! (*Prim. 96*)
 ¡Río Verde, Río Verde! tinto vas en sangre viva; (*Prim. 96a*)
 ¡Río Verde, Río Verde! ¡cuánto cuerpo en ti se baña (*Prim. 96b*)

ninguna mención había en la pequeña versión gomera. ¿Quizás porque el exordio era totalmente ajeno a la geografía de las Canarias en donde un río es algo tan exótico como desconocido? ¿Quizás porque nuestro informante no lo había rememorado? Pero ya el primer paso estaba dado. Identificado el romance quedaba por saber su vida tradicional, si ya no en Canarias en donde nunca se había registrado, sí en el resto de España y del mundo hispánico.

3. UN ROMANCE DESCONOCIDO EN LA TRADICIÓN MODERNA

Con 45 años de intervalo entre ambos, Menéndez Pidal había dedicado dos estudios a este romance precisamente con el título *Río Verde, Río Verde* el primero⁷ y con el de *El romance «Río Verde, Río Verde», sus versiones varias* el segundo⁸, y se había servido de él varias veces para ilustrar algunos aspectos teóricos de su magistral *Romancero Hispánico*⁹. Pero nunca mencionó su pervivencia en la tradición oral moderna. A lo que parecía se trataba de un romance definitivamente perdido para la vida oral. Más tarde, Samuel G. Armistead, al catalogar todos los romances judeo-españoles exis-

⁷ R. MENÉNDEZ PIDAL, «Río Verde, Río Verde», *RFE*, II (1915), reeditado en *Estudios sobre el Romancero*, Obras Completas de R. Menéndez Pidal, XI (Madrid: Espasa Calpe, 1973), 155-163. Cit. *Río Verde, Río Verde*.

⁸ R. MENÉNDEZ PIDAL «El romance «Río Verde Río Verde» sus versiones varias». *Ibid.*, 465-488. Cit. *El romance Río Verde*.

⁹ R. MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero Hispánico*, I y II (Madrid: Espasa Calpe, 1968²), apart. III, 6; IV, nota 30; VIII, 6; XI, 3; XIV, 7, y XVII, 1.

tentes en el Archivo Menéndez Pidal¹⁰ lo recogía y catalogaba con el número 6 en una única versión recogida por M. Manrique de Lara, en Rodas, en 1911¹¹ y contaminando otras versiones de *Las cabezas de los Infantes de Lara*¹² y de *El Huerco y el navegante*¹³. Pero lo que recogió Manrique de Lara y sirvió como entrada al *Cat. Ind.* de Armistead no era más que un solo verso:

Cayeron duques y condes y yentes de gran valida

que parece indudable del romance *Río Verde* pero cuya procedencia como romance independiente en la tradición oral sefardita es más que dudosa. Y últimamente, Diego Catalán y sus colaboradores del Seminario Menéndez Pidal lo incluyen en su magna obra *Catálogo General del Romancero*¹⁴, pero no como romance autónomo puesto que no había ninguna documentación para ello sino como segmento incorporado a otros romances, concretamente a la *Muerte del duque de Gandía*, a *Valdovinos suspira* y a *La Condesita*¹⁵. Con todo, el discurso de *Río Verde* que pervive incorporado a estos romances es mínimo:

Río Verde, Río Verde, Río Verde y amarillo
 mahu como l'azeite y preto como a la tinta.
 En las sus tierras ajenas cayó gran cavallería,
 cayeron duques y condes señores d'un gran valido.

(*Muerte del duque de Gandía*. Monastir, Yugoslavia)

y

Río Tinto, Río Tinto, como la cinta morada.

(*La Condesita*. Burgos)

Así pues, lo recogido en un pueblecito de La Gomera el día 19 de agosto de 1983 significaba un hallazgo sensacional, un verdadero descubrimiento en la historia del romancero oral moderno. Se constataba el hecho de que, aunque fuese sólo en un rincón perdido de una isla atlántica, quizás

¹⁰ Samuel G. ARMISTEAD (et al.), *El Romancero judeo-español en el Archivo Menéndez Pidal (Catálogo-Índice de romances y canciones)*, 3 vols. (Madrid, 1978). Cit. *Cat. Ind.*

¹¹ *Ibid.*, I, pp. 159-160.

¹² *Ibid.*, I, A2, 1-5, 7, 9.

¹³ *Ibid.*, II, V3.3.

¹⁴ Diego CATALÁN (et al.), *El Romancero Pan-Hispánico. Catálogo General Descriptivo* (Madrid: Seminario Menéndez Pidal, Ed. Gredos, 1983), vol. II, núm. 49.

¹⁵ Y en *Addenda* (vol. III, p. 586) se añade que incorporado también a *Hermana reina y cautiva*, según versión recogida en Uruñeas, Segovia, en 1982.

la más apartada y marginada de Las Canarias, una vida que había estado oculta durante cuatro siglos aparecía ahora, como Guadiana, para asombro de cuantos habían pronosticado su muerte.

No es éste, desde luego, el único caso de un romance recuperado o constatado para la tradición oral moderna desde el siglo xvi, pero los casos son contadísimos. Los pioneros en la búsqueda del romancero oral en el siglo xix iban de sorpresa en sorpresa; nada estaba hecho y todo se desconocía. Las sorpresas continuaron hasta el primer tercio del siglo xx, con las magnas recolecciones organizadas por Menéndez Pidal, bien directamente bien a través de colaboradores más o menos estables o esporádicos. Hubo varias etapas de intensas exploraciones: la primera la del matrimonio María Goyri-Menéndez Pidal, entre 1900 y 1909, la segunda la promovida por el propio don Ramón a través del Centro de Estudios Históricos, entre 1910 y 1926 y entre 1930 y 1936, y la tercera la realizada por Diego Catalán-Álvaro Galmés, entre 1946 y 1953. Fue entonces cuando pudo hacerse una nómina bastante amplia de importantísimos romances que vivían en la tradición oral moderna y que sin embargo habían sido ignorados por los impresores de la época áurea del romancero; romances desconocidos por la crítica aparecían ahora después de una noche de silencio de cuatro siglos. El hallazgo más sorprendente fue el de *La muerte del Príncipe don Juan*, pero a él hubo que sumar otros muchos tan populares o más que él, como *Sildana*, *La loba parda*, *La serrana de la Vera*, etc.¹⁶

Después de estas y de otras encuestas más localistas parecía que todo estaba ya conocido. Pero no todo estaba explorado; faltaban aún amplísimas zonas y faltaban encuestas sistemáticas que pusieran en evidencia la realidad de una tradición soterrada. Lo que se había hecho era más bien calas, muestras de un repertorio riquísimo que poco a poco se iba multiplicando por cientos y miles de versiones. Pero hacían falta más brazos que se dedicaran a la dura tarea de rastrear con detenimiento lo que aún quedaba vivo. Había que mejorar en cantidad, aumentar el número de versiones de cada romance para poder conocer y explicar mejor su vida tradicional. Pero se pensaba que ya nada nuevo podía aparecer, que después de tan amplios y cualificados sondeos podía darse por cerrado el repertorio de temas romancísticos que la vida oral había conservado hasta la actualidad. Y sin embargo, las últimas grandes encuestas organizadas por el Seminario Menéndez Pidal de Madrid, heredero de los materiales, objetivos y métodos del maestro, llevadas a cabo desde 1977 en muy distintos puntos de la España peninsular y las realizadas particularmente por alguno de los colaboradores del Seminario en sus respectivos puntos de residencia (Canarias, Castilla-La Mancha, Cataluña, Por-

¹⁶ Vid. M. PIDAL, *Rom. Hisp.*, II, pp. 405-422.

tugal...) han venido a demostrar que no todo estaba hecho, que desde luego se han multiplicado asombrosamente los materiales ya conocidos¹⁷ pero que también aparecieron romances que se creían totalmente perdidos para la tradición oral. Por ejemplo *Durandarte envía su corazón a Belerma* (en Sevilla y Asturias), *La muerte de don Beltrán* (en León), *El traidor Marquillos* (en León), *El Conde Lozano* (en Madeira), *Lanzarote* (en Canarias y Andalucía) y ahora *Río Verde, Río Verde* (en Canarias). Cierto que son los menos y por ello más sorprendentes, pero muestra elocuente de que nunca ha de darse por agotado el caudal de la tradición.

Así que estaba justificada nuestra sorpresa y nuestro personal júbilo cuando pudimos constatar que el romance *Río Verde* era un nuevo tema romancístico que sumar a la escueta nómina de «descubrimientos» modernos en el campo del romancero oral.

4. A LA CAZA DEL ROMANCE

Pero ¿podíamos darnos por satisfechos con una versión de tan sólo cinco versos? ¿Es que efectivamente el olvido generalizado que cada vez parece actuar más inexorablemente sobre el romancero oral había querido salvar sólo esos cinco versos en un lugar tan insospechado de la geografía española para burla de investigadores? ¿Es que lo que quedaba vivo no eran más que esos cinco versos? ¿No habría sido desidia nuestra —ignorancia primera— el no buscar con más ahínco lo que como la punta del iceberg asomaba a la superficie? Comprobarlo bien valía un nuevo viaje a La Gomera.

Hasta ese momento dábamos por completamente cerrada nuestra investigación de campo en la isla colombina. La habíamos explorado concienzudamente, pueblo a pueblo, barrio a barrio, casi gomero a gomero. Para una isla de 38 km² y una población de 24.000 habitantes (contando con que un cuarto de la población vive en la capital y ya se sabe lo ajena que la ciudad es a las tradiciones populares) habíamos empleado doce días de intensísimas jornadas encuestadoras. Habíamos logrado una cosecha de más de 400 textos correspondientes a 144 romances, algo que podía dar por satisfecho al más exigente recolector¹⁸. Pero una vez más nos convencimos de que en esto del romancero la recolección nunca ha de darse por cerrada, que nunca se

¹⁷ A título de ejemplo podemos decir que de una sola encuesta de las realizadas por el Seminario, eso sí, en plan intensivo durante diez días y por un equipo de aproximadamente 30 personas divididas en siete grupos de encuesta y con modernos medios de grabación, se obtuvieron tantos textos como los existentes hasta entonces en el Archivo Menéndez Pidal como fruto de muchos años de búsqueda.

¹⁸ No diremos aquí nada de la extraordinaria importancia del romancero en La Gomera. Baste decir que allí el canto de los romances es tan vivo y tan actual que no

puede tener la seguridad de haber traído en la grabadora todo lo que la tradición puede brindar, que siempre puede haber un más, que todo es posible aún ^{18 bis}.

Nos propusimos volver a La Gomera con la sola idea de poder completar el romance *Río Verde*. Ahora que ya conocíamos el romance en cuestión, que sabíamos de su importancia para la historia del Romancero General iríamos con el único objetivo de preguntar por el *Romance de Sayavedra*. Ahora que ya conocíamos la historia que en él se contaba y que podíamos llevar como apuntes de encuesta las versiones antiguas del xvi, podríamos, quizás, preguntar certeramente a Domingo el de Pavón; poco a poco, si fuera necesario verso a verso, secuencia a secuencia, podríamos ir refrescando una memoria que se había paralizado en los cinco primeros versos de la primera encuesta. Y ya una vez en la isla podríamos preguntar también a nuestros mejores informantes de la primera vez, sobre todo en *Los Aceviños* que es en donde Domingo lo aprendió. Sin duda entre tantos se podría reconstruir una historia que aparecía rota.

A La Gomera nos fuimos de nuevo mi mujer y yo los días 23 y 24 de marzo de 1984. Un solo día era del todo insuficiente para nuestra empresa: las distancias dentro de la isla no son grandes pero las comunicaciones interiores y las exteriores que te permiten llegar a ella son lo que se llama difíciles. Un barco ferry de nombre *Benchiigua* (el nombre será un buen augurio para nuestra empresa) es el único medio de transporte que enlaza diariamente la isla con el exterior: para él se ha construido un pequeño muelle en el pueblo de Los Cristianos, al sur de Tenerife, y de allí sale cada día a las diez de la mañana para retornar de nuevo a las seis de la tarde; la travesía dura hora y media, así que de unas seis horas dispone apenas el viajero que no quiera dormir en la isla y esperar el barco del día siguiente. Es la única isla del Archipiélago que no dispone de aeropuerto y posiblemente no podrá contar nunca con él; la terrible orografía de su suelo no brinda ni tan solo el espacio de terreno llano que requiere una pista de aterrizaje. Y esa misma orografía es la que condiciona sus comunicaciones interiores que son siempre difíciles y peligrosas. La isla es una sucesión ininterrumpida de barrancos profundísimos que naciendo todos de su centro geográfico se abren hacia el mar en forma de abanico; las carreteras han

se concibe fiesta popular en donde no se canten, que los gomeros tienen y usan el verbo «romanciar» para cantar sus romances y que los romances siguen siendo allí texto imprescindible para su baile más representativo, «el baile del tambor».

^{18 bis} Escrito ya este artículo, otro recolector, la antropóloga Martha Ellen Danis, de otro informante que antes lo había sido nuestro, recogió el romance *El Cid pide parias al rey moro*, romance totalmente inédito hasta la fecha y que yo he vuelto a recoger en 1986 de otro informante gomero.

de buscar las laderas de los barrancos ascendiendo y bajando en infinitas curvas hasta pasar al siguiente barranco en donde se asienta el poblado más cercano; y así cuando hay carretera; otras veces la única comunicación posible es una mala pista de tierra, polvorienta en verano y poco menos que impracticable en invierno, que a lo mucho te acercará a las primeras casas del poblado; después no tendrás más remedio que subir y bajar con tus propios medios hasta las casas que se esparcen por el valle o la ladera. No, para poder llegar a Los Aceviños, en el corazón mismo del monte de El Cedro, con un trayecto mayor de pista forestal que de carretera asfaltada, no era suficiente un solo día.

5. PRIMER FRACASO

Lo primero llegar a Pavón y entrevistar a Domingo Medina. Pero Domingo no está en casa; el cuidado de unos animales que tiene por el monte le entretienen hasta bien entrada la tarde. Para hacer tiempo nos llegamos hasta La Dehesa en busca de una mujer, Clotilde Mesa, famosísima curandera de la isla que también sabe romances; pero no, el de Sayavedra no lo había oído nunca. A la vuelta ya está Domingo en casa; sus familiares le habían prevenido de nuestra llegada y ya con sillas preparadas nos sentamos todos en el patio, al tibio sol del atardecer, esperando el gran acontecimiento.

—¿Y para eso sólo han venido ustedes hasta aquí? —nos dice—. Yo no me acuerdo, ya les dije que eso eran sólo unas palabritas que había aprendío de mi padre, cuando yo era chiquito, pero ahora ya se me han olvidao. ¡Hace tanto que uno no lo platica! Sí, que eran bonitas y eso, pero yo no me acuerdo y como no me acuerdo pues no puedo decirles más. Yo de lo que me acuerdo es de:

Sobre ti, Peña Mermeja, murió gran caballería,
murieron curas y condes en la ciudad de Valía,
murió aquél que va juyendo por un ramonal pa'riba.
—Aspérame, Sabesbera, que yo bien te conocía,
conozco a tu padre y madre y a tu hermana doña Elvira,
si hay quien traiga a ese ciervo dos cien pesos le daría.

Al llegar aquí se detiene y nosotros lo indicamos si ese último verso no es ya de otro romance, el de *Lanzarote* (Baltasar) y el ciervo y él nos dice que sí:

—Pero es que ese romance tenía muchas partes¹⁹, que la historia era

¹⁹ En La Gomera eso de las «partes» es bastante común; consiste en cantar como un todo unitario varios romances distintos que tengan una misma rima y un verso que los una por alguna circunstancia especial, bien una palabra común bien una se-

de dos enamorados y que el padre no quería que su hija se casase con aquel hombre pero al final consiguió casarse.

Desde luego lo que nos está contando Domingo el de Pavón no es la historia del *Romance de Sayavedra*, ésa es la historia de *Lanzarote*. Domingo no está seguro de nada. Ahora nos dice que el romance no empezaba en «Sobre ti, Peña Mermeja», que antes había mucho más, y ahora nos cuenta otra historia que parece ser la de *El caballero burlado*. Efectivamente, ya en la primera entrevista nos había dicho que este romance tenía al menos tres partes, por este orden: *El caballero burlado* - *Sayavedra* - *Lanzarote* y de las tres nos dijo versos suficientes como para identificar cada uno de ellos, pero ninguno completo. Pero ocurre que, para nuestra desgracia, el que peor recuerda es el de Sayavedra, el que queda en medio de su pastiche. Lo intentamos todo: volvemos a empezar una y otra vez, hacemos que intente recordar el *pie* con el que se cantaba²⁰, pero todo parece inútil:

Sí, *pies* hay muchos, todos los que le peguen, por ejemplo:

El lucero trae el día el sol que por él se guía,

pero nada hace que su memoria logre franquear la barrera del verso cinco:

conozco a tu padre y madre y a tu hermana doña Elvira.

Lo único que ha variado respecto a su primera recitación es el segundo hemistiquio del v. 3: antes nos había dicho «por una loma pa'riba» y ahora nos dice «por un ramonal pa'riba», pero no cambia nada, a lo mejor hasta había sido una mala audición nuestra.

Hacemos uso de los textos antiguos y le indicamos versos que siguen en el mismo punto que él queda trabado: «Siete años fui tu cautivo / y me diste mala vida» o «con el temor de los moros / entre un jaral se metía» o «aquejábale la sed / y la hambre que tenía», pero nada perturba su impasividad, aquello no le suena a nada. Le contamos la fábula de los textos antiguos:

cuencia de fábula parecida bien un mismo o parecido personaje. Así, al cabo de oír unos determinados romances empalmados unos a otros, para algunos cantores gomereros se trata de un solo romance y no distinguen su principio y su fin particular, a lo sumo hablan de dos, tres o cuatro «partes».

²⁰ Los gomereros llaman *pie* al estribillo que se intercala en el canto de un romance cada dos hemistiquios octosilábicos a fin de alternarse el solista y el coro. El fenómeno es común también a las islas de La Palma y Hierro aunque en ellas recibe el nombre de «responder». J. Pérez Vidal trató de ello, refiriéndose a la isla de La Palma, en «Romances con estribillo y bailes romancescos», en *RDTP*, IV (1948), 197-241. Y nosotros mismos en nuestro *Romancero de la isla del Hierro* (Madrid, 1985). El fenómeno es idéntico en La Gomera y Hierro, pero no en La Palma según lo describe Pérez Vidal.

un caudillo de los cristianos va a luchar contra los moros, pero en la batalla mueren todos los cristianos, y Sayavedra (Sabesbera para Domingo) logra huir escondiéndose dentro de un jaral; después de permanecer escondido durante varios días sale a buscar comida y es cogido cautivo por los moros que lo llevan ante su rey; el rey moro le ofrece el perdón si reniega de su fe cristiana, pero Sayavedra prefiere morir antes de renegar. Algunas cosas sí las reconoce, el principio sobre todo, y eso de que se escondía en el monte, pero lo que viene después, eso del rey moro y de renegar de la fe no le suena a nada, dice que eso no lo decía como lo cantaba su padre. Ya no es posible más. Él insiste unas y otra vez en que no lo recuerda y que son inútiles nuestras preguntas. Le preguntamos si en el romance se decía algo de un personaje que se llamaba Ordiales o Urdiales o algo así, pero nos dice convencido que no, que sólo se nombraba a Sabesbera y a su hermana doña Elvira. Y le preguntamos, por último, si él había oído alguna vez eso de «Río Verde, Río Verde, más negro vas que la tinta» y nos dice, más convencido aún, que eso no, que eso sería de otro sitio, que allí en La Gomera no había ríos.

6. LOS RESTOS DE UNA TRADICIÓN FAMILIAR

El primer intento había fallado estrepitosamente; estaba claro que para esto no valía la pena venir a La Gomera. Pero quedaba el último recurso: encuestar en Los Aceviños buscando primero a nuestros grandes transmisores de la primera vez y luego a los hermanos y parientes de Domingo Medina el de Pavón. El mismo nos había proporcionado sus nombres, aunque dudaba que pudiesen decirnos nada de provecho.

Para llegar a Los Aceviños es necesario pasar por El Cedro, un caserío que da nombre al espléndido bosque que cubre toda la parte alta y central de la isla. La reserva forestal más importante de Canarias que con su laurisilva parece más que monte una verdadera selva por lo intrincado de sus vericuetos y lo frondoso de su vegetación. Especies como el cedro, el biñátigo, el barbuzzano, el paloblanco, el laurel, el acebiño, el haya, el loro, el brezo, se aprietan entre sí para hacer poco menos que impenetrable el paso por su interior. Naturalmente el asfalto no ha manchado aún sus entrañas y sólo una pista forestal sirve de camino entre los caseríos y poblados que se asientan dentro del bosque: El Cedro, Los Aceviños, Meriga, Cerpa y La Palmita. Y éstos son precisamente los pueblos cuya tradición romancística constituye el foco más rico y variado de toda la isla. Eso nos dijeron al llegar nosotros la primera vez y eso comprobamos nosotros después de recorrer toda la isla en busca de romances.

Interrogamos de nuevo a todos por el romance de Sabesbera y ni uno sólo dijo tan siquiera haber oído nunca ese nombre ni la historia en él contenida: los cinco versos de Domingo el de Pavón les eran absolutamente desconocidos. Incluso a personas que conocieron al padre de Domingo, que eran primos suyos y que con toda seguridad habían sido sus compañeros de fiestas y de cánticos; entre ellos a José Medina Hernández, Cesáreo Hernández Medina y Augusto Medina Santos, tres de los mejores «romanciadores» de Los Aceviños.

La segunda tentativa había fallado también: si estos hombres no lo sabían ni lo habían oído nunca era posible afirmar que nadie más en la isla lo sabría. El romancero se hace público en La Gomera en todas las fiestas y por lo tanto los repertorios se conocen bastante bien. Así que nos quedaba la última intentona: preguntar a los hermanos de Domingo y a los primos más próximos a su generación; descartados ya los de la generación del padre quedaban sólo los de la del hijo.

De entre los hermanos de Domingo (todos viven en Los Aceviños aunque en casas desperdigadas por el monte y separadas por difíciles accesos) Josefina Medina Medina no sabía absolutamente nada, se excusaba diciendo que ella nunca prestó atención a esas cosas. El mayor de los hermanos, Antonio, no estaba en casa y su mujer nos quería disuadir diciendo que él no sabía nada, pero al fin ella misma llegó a decirnos el primer verso:

Sobre tí, Peña Mermeja, murió gran caballería.

La menor de las hermanas, María, sí reconocía el romance pero, al igual que su hermano Domingo, nos confesaba que quien lo sabía era su padre, que ella no se acordaba sino de muy pocas «palabras». Con muchas dificultades y después de intentarlo todo, esto es lo que logramos sacar de la memoria de María Medina:

(pie) *Por el monte va la niña, sola va y no va perdida.*

Sobre tí, Peña Mermeja, murió gran caballería.

.....

—Conozco a tu padre y madre y a tu hermana doña Elvira,
semos hermanos de leche que tu madre nos daría,
comí contigo a la mesa de siete veces arriba...²¹.

No fue mucho lo que nos comunicó María, desde luego, pero dimos un paso importantísimo en la reconstrucción del romance. En primer lugar

²¹ Luego nos explicaba María que la historia del romance era la de una niña que se perdía en el bosque y que la recogió un hermano que no la conoció hasta llegar a casa. Es decir, *El caballero burlado*. Ya Domingo nos había dicho que este romance tenía varias «partes» y que una de ellas era la de la niña perdida.

supimos que no existía un *pie* fijo para el romance, que cada transmisor elegía a su voluntad de entre los que le brindaba el patrimonio colectivo gomero²². Así, Domingo el de Pavón había iniciado el romance con el de

El lucero trae el día el sol que por él se guía

y su hermana María por el de

Por el monte va la niña, sola va y no va perdida

que enlazaba mejor con la creencia de la informante de que la historia que seguía en el romance era la de una niña perdida. En segundo lugar repite los dos primeros versos, aunque no seguidos y con una laguna de memoria entre ellos, de forma idéntica a como los había dicho su hermano Domingo:

Sobre ti, Peña Mermeja, murió gran caballería

.....

—Conozco a tu padre y madre y a tu hermana doña Elvira.

Y en tercer lugar porque nos da dos versos que nos son absolutamente nuevos:

Somos hermanos de leche que tu madre nos daría,
comí contigo a la mesa de siete veces arriba.

Por fin lográbamos romper la barrera que hasta entonces parecía existir justamente en el verso anterior. Pero además, de ser ciertos estos dos versos nuevos, es decir, de corresponder a este romance, nos permitían identificar otro de los restos que nos habían quedado sin identificar en la clasificación general de los materiales recogidos en las encuestas del verano del 83 y de los que hablamos al principio. El informante de esos otros versos había sido Alonso Medina Medina, de 59 años, primo (que no hermano aunque coincidan los mismos apellidos) de Domingo y de María, que vivía en Benchijigua, aunque también había nacido en Los Aceviños. Los versos que nos dijo Alonso entonces eran:

.....

—Somos hermanos de leche que tu madre nos daría,
comí contigo en la mesa de cinco veces pa'riba.

.....

²² Aunque el *pie* pueda inventarse en el mismo momento de iniciar el cántico de un romance lo ordinario es que se recurra a los que ya existen de antemano y que son conocidos por todos. El ingenio del cantor consiste en la elección y en que le «pegue» al romance.

Se le juntaron de moros que el barquillo le rendían

Si no es un morillo viejo que se le quedó en la esquina.

Pero a falta de versos, Alonso Molina nos había hecho comentarios que querían llenar los vacíos de sus lagunas textuales. Nos había dicho que «el prisionero» era muy valiente y que había echado a pique a muchos moros y que habría acabado con todos los moros si no es por un morillo viejo que le atacó por la espalda y lo mató. Entonces aquellos versos y aquellos comentarios habían quedado sin identificación posible por nuestra parte; podrían ser los de cualquier romance de cautivos de los que tanto abundan en Canarias; desde luego no podíamos identificarlos como pertenecientes al romance de Sayavedra porque ninguno de los textos antiguos contenían estas secuencias. Pero ahora que María Medina nos dice que estos versos pertenecen al romance de Sabesbera, los mismos que Alonso Medina nos había dicho fuera de todo contexto, nos obliga a volver a Benchijigua para encuestar de nuevo a Alonso. Pero no nos adelantemos. Aún quedan en Los Aceveños más familiares de Domingo el de Pavón.

Preguntados ya los hermanos nos quedaban los primos, y entre ellos hay alguno conocido nuestro de las encuestas del verano pasado, Onelio Medina Medina, de 46 años (¿quién en Los Aceveños no se apellida Medina y es, a la vez, primo, tío o sobrino de todos los demás?), quien también nos confirma el primer verso, el que le «sonaba». Y a su vez nos remite a dos de sus hermanos: Antonia, de 63 años, y Domingo, de 57, a quienes entrevistamos conjuntamente.

—Sí —nos dicen—, ése lo cantaba nuestro padre y nosotros de niños aprendimos algunas palabritas, pero ¡qué va, cristiano! nunca lo llegamos a aprender entero y ahora después de tanto tiempo ¡cualquiera se acuerda!

Lo de siempre. Pero no hay que hacer mucho caso y sí insistir hasta lograr que recuerden. En el primer verso están de acuerdo:

1 Sobre ti, Peña Mermeja, murió gran caballería

Pero Domingo dice que ése no es el primero, que antes de él había otras palabras, bastantes, algunas que decían:

comiendo yerbas amargas que animales no comían,
 bebiendo aguas encharcadas que animales no bebían...

Se está refiriendo, sin duda, a *El caballero burlado*, con lo que parece coincidir también con el otro Domingo, el de Pavón, para quien también tenía muchas partes. Pero Antonia, dice que no, que esos versos son de otro

romance y que el comienzo verdadero era «Sobre ti, Peña Mermeja». En el segundo verso Domingo dice:

2 Murieron curas y condes en la ciudad de Valía,

pero Antonia:

2 Murieron curas y coudes y mucha gente morisca.

luego, al volver otra vez sobre el principio, Domingo dice:

2 Murieron curas y condes y mucha gente moría.

Y ya a partir de aquí, uno con un verso, otro con otro, pero sin variante alguna, lo que recuerdan es lo siguiente:

murió aquél que va juyendo por un ramonal p'arriba.
 4 —Espérame, Sabesdera, que yo bien te conocía,
 conozco a tu padre y madre y a tu hermana doña Elvira,
 6 somos hermanos de leche que tu madre nos daría,
 comí contigo a la mesa de cinco veces arriba.

 8 Sabesdera se metió por un jaral que sabía

 Si no es un morillo viejo que se le arrima a una esquina

 10 Allí murió Sabesdera, el rey de caballería.

Un poco más sí era, desde luego. Nos confirmaban que los versos inmediatamente anteriores de María y los que nos había dicho Alonso el de Benchijigua en la primera encuesta pertenecían efectivamente a este romance. Lo nuevo eran los versos 8 y 10 que certificaban en verso lo que Alonso nos había dicho entonces en prosa, es decir, que Sabesdera era un caballero muy valiente y que murió solo porque lo mataron a traición. Lo que ahora parecía claro era que el tal Sabesdera (nueva variante fonética del Sabesbera de Domingo el de Pavón) había salvado la vida en un principio en la batalla, se había escondido en el monte y por fin (después de enfrentarse él solo a cuantos moros le cogieron cautivo) había muerto a traición de un morillo que le había atacado por la espalda, desde una esquina.

7. LA ÚLTIMA PUERTA QUE SE ABRE

Y ya todo parecía acabado. Pocas puertas quedaban en que llamar. Quien queda es Alonso Medina, pero vive en Benchijigua y llegar allí requiere tiempo y riesgo. Benchijigua es un caserío perteneciente al municipio de San Se-

bastián, metido en un barranco profundísimo que va a desembocar a Playa de Santiago. El único acceso es una pista de tierra reciente que va bajando por la ladera sin protección alguna sobre el abismo. El nombre Benchijigua es famoso ahora porque lo lleva el barco que ha traído la modernidad y el progreso a La Gomera. Antes de él, hasta hace unos diez años, los barcos llegaban a la isla dos veces por semana y no había otra forma de contacto con el exterior. Pero Benchijigua, el lugar, fue famoso también en la antigüedad. Se dice que allí tenían los Peraza —los conquistadores y Condes de La Gomera— su cortijo de recreo y que uno de ellos —el más importante en la historia de la isla— halló su muerte en 1488 muy cerca de allí, en el valle de Guajedun, a manos de los sublevados gomeros, cuando salía de la cueva de Iballa, la bellísima indígena a quien tenía por amante. Ahora Benchijigua no es más que un poblado de cuatro casas que vive ajeno a la historia y a todo lo que pueda pasar fuera de su barranco. Porque Benchijigua está lejos de todos, hasta del pueblo más cercano. Y para colmo, en Benchijigua hay demasiados pocos habitantes como para que allí se siga practicando el canto y el baile de los romances; entre todos no hay ni para formar un rancho mediano. Por eso Alonso Medina tiene que conformarse con cantar sus romances para sí mismo, como entretenimiento, cuando pasa sus jornadas de trabajo en las laderas del barranco en soledad permanente. Porque Alonso es un cantor extraordinario: la tarde que estuvimos con él en el verano del 83 nos había dicho muchísimos romances y entre ellos algunos de los más buscados por el recolector canario.

Y si la primera entrevista con Alonso Medina resultó memorable para nosotros, esta segunda, centrada ya sólo sobre el romance de Sayavedra, resultaría fundamental para el romancero en general. Allí, en la última puerta, íbamos a encontrar el romance perdido desde hacía cuatrocientos años. Es largo de contar el proceso de reconstrucción de la versión total y los esfuerzos que ambos —él y yo— hicimos, pero el resultado final es este extraordinario texto tradicional:

Sobre ti, Peña Mermeja, murió gran caballería,
 2 murieron curas y condes y mucha gente moría,
 murieron curas y condes en la ciudad de Valía,
 4 murió aquel que va juyendo por un ramonal p'arriba.
 —Espérame, Sabedera, que yo bien te conocía:
 6 conozco a tu padre y madre y a tu hermana Doña Elvira,
 semos hermanos de leche que tu madre nos daría,
 8 comí contigo en la mesa de cinco veces arriba.
 Sabedera de que vido que el moro le conocía
 10 arrimó espuela al caballo y a los pies del moro iba.
 Riñó el hombre con el moro y Sabedera vencía
 12 y le da dos puñaladas con un puñal que él tenía;
 va recogiendo la sangre en una tinaja antigua

- 14 y desde lo vido muerto en su caballo lo ensilla.
 A las doce de la noche antes que viniera el día
 16 arrimó espuela al caballo que al par del viento corría,
 arrimó espuela al caballo y en el monte se metía.
 18 Sabedera se metió por un jayal que él sabía,
 que no le ven las estrellas ni los que van a Sevilla.
 20 El mira para el caballo los relinchos que tenía,
 él mira para el caballo los temblores que le vía.
 22 Tres días van con sus noches que bocado no comían:
 haya(s) verde(s) echa al caballo que cebada no tenía,
 24 el caballo con la jambre hayas verdes le comía;
 él cuando le daba jambre carne del moro comía,
 26 y cuando le daba sed sangre del moro bebía.
 Fuese un día a tomar agua a una fuente que él sabía,
 28 allá lo ataron los moros de viaje para Sevilla.
 Se le juntaron de moros que el barquillo le rendían.
 30 De allí pegan a reñir cosa fuerte y cosa viva:
 a veinticinco degüella, la sangre por las rodillas,
 32 la sangre por las rodillas las heridas divertían,
 y demuestra Sabedera su fuerza y su valentía,
 34 Si no es un morillo viejo que se le arrimó a una esquina,
 le disparó la pistola que él en suelo lo tendía.
 36 Y allí murió Sabedera, y allí acabó con su vida,
 allí murió Sabedera, la flor de caballería.

8. UNA MEMORIA SOTERRADA

Vale la pena describir el proceso y los pasos que tuvimos que dar para llegar a este final, aunque sólo sea por mostrar un ejemplo de cómo vive hoy el romancero en la memoria de sus transmisores naturales: desde la creencia que el mismo transmisor tiene en un principio de que él ya no se acuerda de nada hasta la reconstrucción del texto total pasando por unos estadios de memoria que se van avivando con el esfuerzo y la repetición constante. Ciertamente que un texto que vive en estas condiciones es más un resto arqueológico que un patrimonio colectivo, pero así viven hoy por desgracia muchos de los textos del repertorio romancístico que fueron cotidianos y usuales en otros tiempos. Y, al fin y al cabo, se trataba en nuestro caso de salvar para la historia del romancero moderno un texto que se creía absolutamente muerto hacía ya cuatro siglos.

Recordamos que ya en la primera entrevista, el día 18 de agosto de 1983, Alonso Medina nos había dicho los siguientes versos y comentarios:

- 7 —Semos hermanos de leche que tu madre nos daría,
 8 comí contigo a la mesa, de cinco veces p'arriba.

.....

- 29 Se le juntaron de moros que el barquillo le rendían
(y él echó a pique a los moros)
.....
- 34 Si no es un morillo viejo que se le quedó en la esquina
(entonces el moro le atacó y lo tiró y cogió y lo mató)

Pero en aquel momento ni él ni yo sabíamos a qué romance pertenecían. Ahora, el 23 de marzo de 1984, que llegamos a él con nuevos versos y con una historia subyacente a esos versos las cosas se empiezan a clarificar y la memoria de Alonso Medina empezó a funcionar mejor. Nos confirma que efectivamente aquellos versos primeros son del romance de Sabedera (nueva variante respecto al «Sabesbera» de Domingo el de Pavón y al «Sabesdera» de los hermanos Antonia y Domingo de Los Aceviños) y nos dice como nuevos, además, los siguientes:

- 2 Murieron curas y condes y mucha gente moría,
.....
- 4 murió aquél que va juyendo por un ramonal pa'riba.
—Espérame, Sabedera, que yo bien te conocía:
- 6 conozco a tu padre y madre y a tu hermana doña Elvira,
semos hermanos de leche que tu madre nos daría,
- 8 comí contigo a la mesa de cinco veces arriba.
Sabedera de que vido que el moro le conocía
- 10 arrimó espuela al caballo y partió esa sierra arriba
.....²³
- 18 Sabedera se metió por un jayal que él sabía,
que no lo ven las estrellas ni los que van a Sevilla
.....
- 27 Fuese un día a tomar agua a una fuente que él sabía,
28 allá lo ataron los turcos de viaje para Sevilla.
.....
- 29 Se la juntaron de moros que el barquillo le rendían
(y mató a no sé cuántos. Se defendió hasta el final)
.....
- 34 Si no es un morillo viejo que se le arrimó a una esquina.
.....
- 36 Y allí murió Sabedera y allí acabó con su vida
(porque le tiró el moro ese viejo)

Aunque los fallos de memoria todavía eran muchos y las lagunas importantes habíamos dado un paso adelante fundamental en la reconstrucción textual. Lo que faltaba lo quería llenar Alonso con referencias constantes a la historia que estaba detrás de los versos. Esta era su versión prosificada de los hechos narrados en el romance:

²³ Llegado a este punto Alonso Medina continuó sin interrupción con el romance de *Lanzarote y el ciervo del pie blanco*, y sólo cuando nosotros le sugerimos volver al de *Sayavedra* continuó con el verso 11.

Sabedera era un cristiano muy valeroso y un día en una batalla contra los moros mataron a todos sus soldados y él logró escapar, se escondió detrás de un hayal donde nadie podía descubrirle, pero no tenía nada que comer y así resistió varios días comiendo de los moros muertos y el caballo comiendo de las hayas del monte. Hasta que no resistió más y salió a beber agua a una fuente y entonces lo cogieron prisionero los moros que lo llevaron en un barquillo a Sevilla. Sabedera se defendió hasta el final y mató a muchos de ellos pero un morillo viejo le tiró por detrás y fue el que mató a Sabedera. Que si no es que le tiran por detrás acaba con todos los moros. Que era muy valiente ese tal Sabedera.

Como se ve, en el relato de Alonso Medina estaba toda la trama del romance, no faltaba absolutamente nada; lo que hacía falta era reconvertir la fábula en discurso de romance, llenar las todavía abundantes lagunas con versos que debían estar dormidos en no sé qué aposentos de su memoria. Pero todo se andaría.

En una primera recitación, en este 23 de marzo, llegando al v. 10, Alonso Medina había seguido sin interrupción con los siguientes versos:

«Donde al medio del camino con Guarín encontraría.
—Guarín y por Dios te pido, por Dios y Santa María,
que me digas la verdad y al negarme sea mentira:
¿el ciervo del pie calzado ónde tiene su aguaría?
—Allá arriba en aquel lomo, al pie de una verde oliva
y si allí no la tuviere más abajo o más arriba.—
Picó la espuela al caballo y partió esa sierra arriba.
Caminando más p'alante con el ciervo encontraría.
—¿Onde vienes, Baltasar? ¡Tú vienes en busca mía!
¡Poco te estiman tus padres, poco te estiman la vía,
poco te estiman tus padres si por mí te mandarían!—
Riñó el hombre y riñó el ciervo y al fin Baltasar vencía,
garró el ciervo por los cuernos y al rey lo presentaría».

Y al llegar aquí Alonso no sabe cómo continuar. Nosotros le indicamos si estos versos no serían de otro romance, el de Lanzarote (Baltasar) y el ciervo, del que, por cierto, ya nos había cantado una espléndida versión el primer día, y nos dice que sí, que éste era la segunda parte de Sabedera. Nuevamente nos ponía en la pista de las «partes» en el romancero de La Gomera. Además, es que el v. 10 es un verso ambivalente para ambos romances, el de Sabedera y el de Lanzarote, que utilizan sin variante alguna el mismo texto²⁴.

Por más que intentamos volver y volver sobre el principio no hubo forma de que nuevos versos afloraran a sus labios. Además la noche ya estaba

²⁴ Puede comprobarse cómo en la versión definitiva y final, una vez que Alonso Medina tiene conciencia de que son dos romances distintos cambia el segundo hemistiquio del verso «y partió esa sierra arriba» por «y a los pies del moro iba».

avanzada y había que retornar por caminos malos. Pero él mismo se prometió esforzarse en recordar lo que faltaba y, ¡quién sabe!, quizás en la soledad de las laderas del barranco vengan de pronto las palabras que faltan. A partir de entonces nuestros contactos fueron por teléfono: yo llamaba a Alonso en días y horas convenidas y él me comunicaba los adelantos logrados. Así el día 29 de marzo los siguientes versos:

- 1 Sobre ti, Peña Mermeja, murió gran caballería
.....
3 murieron curas y condes en la ciudad de Valía
.....
22 (Tres días ha con sus noches que bocado no comía)
haya(s) verde(s) echa al caballo, que cebada no tenía,
24 el caballo con la jambre hayas verdes le com:a;
él cuando le daba jambre carne de un moro comía
26 y cuando le daba sed sangre del moro bebía.

Respecto al v. 1 nos confirmaba su existencia, cosa que antes había puesto en duda diciendo que «no le sonaba mucho»; con el v. 3 daba respuesta paralelística a las variantes que antes nos habían dicho nuestros informantes de Pavón y de Los Aceviños; el v. 22 se lo apuntamos nosotros, tomándolo de la versión antigua del *Canc. s. a.*, y nos dice que sí, «que algo así era», pero le sirve de enlace a los escalofriantes versos siguientes, dignos de la más esforzada epopeya.

Quedaban aún unas lagunas que queríamos llenar incitando a Alonso Medina con algunos interrogantes. Una vez que Sabedera vio que el moro le perseguía (v. 9) ¿se enfrentó a él y hubo lucha? Después, cuando lo cogieron prisionero (v. 28), ¿Sabedera se dejó apresar u opuso resistencia? Y, por último (v. 34), ¿cómo mató el morillo viejo a Sabedera? Así le preguntamos a Alonso Medina y ésta fue la respuesta que nos dio el día 11 de abril, también por teléfono:

- 10 arrimó espuela al caballo y a los pies del moro iba
(riñó con el moro y lo mató)
.....
30 De allí pegan a reñir, cosa fuerte y cosa viva:
a veinticinco degüella, la sangre por las rodillas,
32 la sangre por las rodillas las heridas divertían.
.....
35 Le disparó la pistola que en el suelo lo tendía.
.....
37 allí murió Sabedera, la flor de la caballería.

Lo que aún quedaba, aunque parecía que muy poco, parecía imposible llenarlo. La memoria de Alonso Medina parecía haber traspasado ya todos los

umbrales. Pero dos meses más tarde, el 15 de junio, nos completó los versos que faltaban. Entre ellos algunos de los más hermosos y dramáticos de todo el romance:

13 va recogiendo la sangre en una tinaja antigua
 14 y desde que lo vido muerto en su caballo lo ensilla

 20 El mira para el caballo los relinchos que tenía,
 21 él mira para el caballo los temblores que le vía.

9. LA TRADICIÓN MODERNA SUPERADORA DE LA TRADICIÓN ANTIGUA

Es cierto —y se ha dicho muchas veces— que la tradición romancística moderna vive por lo general a retazos, en la más extremada marginalidad, en versiones fragmentarias, en un repertorio pobre y cada vez más reducido, en franca agonía. Pero también es cierto que la tradición moderna puede ofrecernos hoy versiones de romances mucho más perfectas que las recogidas en los siglos XVI ó XVII, la época áurea del romancero impreso. La calidad estética de un poema tradicional se adquiere en el curso de su transmisión por obra de ese pueblo anónimo y legión que recibe el romance de una generación anterior y se lo entrega a la siguiente con la impronta de su recreación personal. Y esto es lo que pasa en nuestra versión del romance *Río Verde*: después de cuatrocientos años de silencio aparece en la isla de La Gomera un texto romancístico que supera en todo a los dos textos impresos en el siglo XVI, cuando éstos estaban mucho más cercanos al acontecimiento histórico noticiado en el romance. La doble tensión a que está sometido simultáneamente todo romance tradicional, la conservación y la renovación, es decir, la sujeción a unos modelos heredados del pasado y la variabilidad incesante mediante iniciativas personales, han logrado crear en el romance de *Sayavedra*, en las versiones de La Gomera, una altura poética que faltaba en las versiones antiguas²⁵.

Pero, a la vez, asombra la pervivencia de tantos detalles y motivos tan particulares en la memoria colectiva de un pueblo generalmente iletrado. Asombra, por ejemplo, que en la versión de La Gomera permanezcan datos y nombres primitivos y auténticos tan ajenos al medio geográfico y a los usos culturales de sus transmisores, con apenas minúsculas variantes fonéticas: así el lugar de la batalla (Peña Mermeja por Sierra Bermeja), o el nombre del protagonista (Sabedera por Saavedra)²⁶, o el nombre de la hermana (Elvira tanto en La Gomera como en los textos antiguos). Pero asombra

²⁵ Cf. un estudio detenido comparativo de los textos antiguos y moderno en Maximiano TRAPERO, «El romance Río Verde, Río Verde: cuatro siglos de tradición ignorada», en *Homenaje a A. Zamora Vicente* (Madrid: Castalia, en prensa).

²⁶ Las variantes gomeras del nombre (Sabedera, Sabesdera y Sabesbera) son hasta

aún más que un texto poético oral referido a un acontecimiento histórico ocurrido 532 años antes dé con mayor precisión detalles que se ignoran o que simplemente se apuntan en las versiones primitivas. Porque la tradición gomera de 1983 completa y sintetiza las parciales versiones del *Canc. s. a.* de h. 1547 y las de Pérez de Hita de 1595. Es decir, a La Gomera ha llegado una tradición que parece sintetizar las muy diferentes ramas que existían desde antiguo y de las cuales sólo conocemos las tres impresas en el xvi. No hace falta para comprobarlo otra cosa que contrastar la relación de secuencias que faltan o que aparecen en cada una de las versiones que conocemos del romance y que exponemos a continuación. O sea, que la tradición gomera no proviene directamente de ninguno de los modelos fijados por la imprenta del xvi, sino de otro prototipo o modelo tradicional y viejo bien distinto a los conocidos ²⁷.

	<i>Secuencias</i>	<i>Prim. 96</i>	<i>96a</i>	<i>96b</i>	<i>Gomera</i>
a)	Exordio	1	1	1-2	
b)	Desastre de los cristianos en la batalla	2	2-3	3-6	1-4
c)	Muerte de Ordiales	3a	4	8	
d)	Huida de Saavedra	3b	5	9-10	4
e)	Persecución del renegado ...		6-12	11-18	5-8
f)	Saavedra se enfrenta y mata al renegado		13-16	19-22	9-14
g)	Escondite de Saavedra ...	4-6			15-26
h)	Reparición de Saavedra y cerco que le hacen los moros.	7-10	17	23	27-28
i)	Saavedra es hecho cautivo ...	11-12			28-29
j)	Diálogo de Saavedra y el rey moro	13-34			
k)	Saavedra se defiende de sus cautivadores		35		30-35
l)	Muerte de Saavedra	36	18	24	4,25-37

cierto punto más explicables que las que ya se produjeron entre los cronistas, historiadores y romances contemporáneos a los hechos (Saavedra, Sahavedra y Sayavedra).

²⁷ Se trata de comparar secuencia a secuencia las tres versiones antiguas (aunque sólo dos de ellas son tradicionales, pues la 96b es una reelaboración culta de un poeta individual, posiblemente el mismo Pérez de Hita) con el texto de La Gomera indicando en cada una de ellas los versos que ocupa cada secuencia. *Prim. 96* es la versión procedente del *Canc. s. a.*, *Prim. 96a* es la primera versión de *Guerras Civiles de Granada* de Pérez de Hita y *Prim. 96b* la segunda versión (no tradicional sino culta) de Pérez de Hita. Vid. más detenidamente en nuestro trabajo citado más atrás.

Pero a la vez que conservadora, la versión gomera del romance de *Saya-vedra* es un ejemplo precioso de renovación de las estructuras narrativas. Siendo este romance un poema medieval ¿cómo entiende el transmisor moderno su mensaje? ¿Como un texto de referencias medievales —antiguas— o como una lectura de validez contemporánea? Que el transmisor tiene conciencia de su antigüedad está claro que sí. «Son historias antiguas que cantaba mi padre y que había heredado de sus abuelos, pero son muy bonitas», nos decía nuestro primer informante, Domingo Medina, el de Pavón. Pero también que encierran una lección de actualidad. «¡Hay que ver lo valiente que era ese Sabedera! ¡Hombres como éstos ya no se ven ahora!», nos decía nuestro último informante, Alonso Medina, el de Benchijigua. Que el lenguaje antiguo se adapta a la mentalidad del transmisor gomero, al entorno por él conocido y al hablante de hoy puede ser testificado por «Peña» en lugar de «Sierra» (v. 1), «ramonal» (v. 4), «hayal» por «jaral» (v. 18), «barquillo» como medio de transporte natural en una isla (v. 29), «pegan a reñir» como dialectalismo (v. 31), «le disparó la pistola» como arma más propia de la actualidad (v. 35), etc. Pero por encima de la anécdota está el esquema narrativo, el modelo que se ajusta a la visión que un lector contemporáneo tiene de unos acontecimientos extraños a su quehacer ordinario.

Diego Catalán estableció un concepto fundamental en el estudio del romancero tradicional, la noción de apertura²⁸, es decir, la forma natural del romancero oral como una estructura abierta que se conserva transformándose, adaptándose al ambiente en que se reproduce. Así, un romance vive en la tradición hasta que es capaz de renovarse y adaptarse a las nuevas mentalidades, y muere el día que pierde su apertura, es decir, el día que pierde la libertad de generar individualidades nuevas. Desde el punto de vista narrativo el romance *Río Verde* de La Gomera es un poema nuevo, absolutamente distinto de las versiones antiguas. Lo es, sin duda, en la sucesión de secuencias de fábula; lo es también (¡y de qué forma tan superadora!) a nivel de discurso poético; pero lo es sobre todo a nivel de intriga, es decir, a nivel de la estructuración artística de la fábula del romance. Entre otras cosas porque la versión de La Gomera, en contra de las demás versiones, es la única que adelanta la muerte del protagonista desde la primera secuencia: el desastre que la batalla supone para el bando cristiano es tal que morirán todos, hasta su capitán:

Sobre ti, Peña Mermeja, murió gran caballería,

²⁸ D. CATALÁN, «Los modos de producción y reproducción del texto literario y la noción de apertura», en *Homenaje a Julio Caro Baroja* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1978), pp. 245-270.

- 2 murieron curas y condes y mucha gente moría,
 murieron curas y condes en la ciudad de Valía,
 4 murió aquél que va juyendo por un ramonal p'arriba.

Ese «aquél que va juyendo» no es otro que el propio Saavedra, con lo cual la versión gomera no hace sino desvelar de antemano la pequeña o grande emoción que todo desenlace conlleva en un género narrativo (las versiones antiguas guardaban la noticia de la muerte de Saavedra hasta el último verso del romance); adelantar el desenlace supone tener que fijarse en otros aspectos del relato para seguir despertando el interés del oyente; significa romper bruscamente el orden natural de la narratología y complicar la trama con otros incidentes secundarios ²⁹.

No cabe la menor duda que el romance gomero es fruto de la tradición, de una recreación colectiva que después de 500 años ha llegado a su último transmisor, Alonso Medina Medina, en un estado poético extraordinario que habla bien a las claras de la capacidad creadora de ese pueblo Legión. Un pueblo que incluso en el aspecto más superficial, si se quiere, del romance ha logrado duplicar la extensión discursiva de las redacciones antiguas. Así *Prim. 96a* tiene 18 versos, *Prim. 96b* —aun contando con la mano culta y particular que recreó el texto tradicional, como casi siempre glosándolo y haciéndolo romancísticamente «flojo»— 25 versos ³⁰ y *Prim. 96* 36 versos, pero eso contando con que uno solo de sus episodios —de dudosa tradicionalidad—, el del diálogo entre el rey moro y Saavedra, ocupa 22 versos, con lo cual el texto que reproduce las acciones comunes al resto de las demás versiones en *Prim. 96* se reduce a 15 versos. Por contra el texto gomero tiene 37 versos, si bien se notan ciertas repeticiones, producto sin duda de la forma en que fue reconstruido, que alargan innecesariamente el texto perdiendo tensión poética. Un pueblo que es capaz de crear (porque no existen en las versiones antiguas) versos tan estremecedores como éstos:

Haya(s) verde(s) echa al caballo, que cebada no tenía,
 el caballo con la jambre hayas verdes la comía;
 él cuando le daba jambre carne del moro comía,
 y cuando le daba sed sangre del moro bebía.

²⁹ Otro ejemplo estupendo de cambios en las estructuras narrativas desde la tradición antigua a la moderna es el que estudia D. Catalán en relación al romance de *Espinelo* en «El romancero medieval», en *El comentario de textos, 4 (la poesía medieval)* (Madrid: Castalia, 1983), 451-489.

³⁰ En realidad las versiones de *Prim. 96a* y *Prim. 96b* tienen 31 y 33 versos, respectivamente, pero hay que recordar que en ellos se añade el romance de *Don Alonso de Aguilar*, por una confusión histórica (por creer que don Juan de Saavedra y don Alonso de Aguilar fueron compañeros de armas y que ambos murieron en la misma batalla), que nada tiene que ver con el romance de *Saavedra*.

o que, modificando el orden natural del relato, es capaz de recrear la estructura artística de todo el romance.

10. EL FINAL DE LA VIDA TRADICIONAL DE UN ROMANCE

Muy raro debe ser asistir a la muerte de un romance. La vida de la literatura tradicional que por naturaleza es momentánea, escurridiza y efímera, que asoma al exterior en leves soplos esporádicos, apenas si puede ser «apresada» en realizaciones individuales definitivas. Lo que se esconde hoy y aquí puede volver a aparecer allá mañana; lo que parece ocultarse a los ojos del estudioso y recolector puede seguir siendo cotidiano en lugares a donde el recolector no llega. Y el recolector de romances es el único medio que puede dar a conocer a la crítica y al público en general el estado de una tradición que por lo general vive latente, arrinconada en la memoria de un pueblo anónimo, como esperando la mano de ese medio para salvarla del olvido definitivo. Ni aun cuando como en este caso se unen circunstancias tales como las que hemos descrito podemos asegurar que estamos asistiendo al final de la vida de un romance tradicional. Una geografía tan extraordinariamente dispersa y amplia como en la que se asienta el romancero, una disparidad de lenguas que sirven de soporte al romancero oral (el español, el portugués, el gallego, el catalán, el judeo-español), un repertorio de temas poco menos que inabarcable y un fluir de la tradición no controlado ni controlable pueden hacer que en cualquier lugar del mundo, cualquier día de cualquier año venidero, cualquier otro recolector pueda dar a conocer otra versión del romance que desde aquí diéramos por muerto. El mundo del romancero tradicional es tan fantástico, tan sorprendente, tan sin límites, que cualquier previsión o conclusión que se haga sobre cualquiera de sus aspectos puede convertirse en provisional al día siguiente de haberse formulado³¹. ¿Quién podría predecir que en Canarias, después de contar con tan espléndida antología de un romancero moderno como es *La flor de la marañuela*³², podría aparecer un nuevo romance desconocido absolutamente por la crítica?³³. Más aún: ¿Qué lógica puede explicar que un romance de tema

³¹ Ejemplo elocuente es el *Catálogo General del Romancero* (CGR) de Diego Catalán y colaboradores, aparecido en 1984, que daba el romance *Río Verde* por inexistente como romance autónomo cuando ya nosotros habíamos iniciado su rastreo en La Gomera. Cf. D. Catalán *et al.*, *Catálogo General del Romancero*, Madrid, Ed. Gredos, 1984 (3 vols.), II, núm. 49.

³² *La flor de la marañuela* (Romancero General de las Islas Canarias), ed. por Diego Catalán (Madrid: Seminario Menéndez Pidal, Ed. Gredos, 1969), 2 vols.

³³ Sorpresas como ésta las hemos tenido nosotros mismos como recientes explo-

fronterizo (con las particularidades históricas, geográficas y temáticas que los fronterizos representan), después de un silencio de voces intermedias que nadie oyó durante 400 años, pueda todavía vivir en la memoria colectiva de unos hombres de unos pueblos de una isla atlántica, la más apartada y marginada de las Canarias (quizás por ello), a más de dos mil kilómetros del lugar en que los acontecimientos que se cuentan en el romance ocurrieron y después de más de quinientos años de ocurridos?

Esa lógica es la que nos dice que hemos sido testigos de un final definitivo, testigos fortuitos —claro está— y fedatarios de su extinción. Si en el curso de las intensas exploraciones que se han hecho en los últimos años por toda la geografía española e hispánica en general ningún rastro ha quedado de su pervivencia, las condiciones en que lo hemos encontrado en la isla de La Gomera no nos permiten augurar ni siquiera una agonía prolongada. Los pormenores que ya hemos relatado del estado en que nosotros hallamos el romance y, aún más, los esfuerzos y los procedimientos que tuvimos que utilizar para su reconstrucción son pruebas más que suficientes de la extrema precariedad en que vive. Porque, a decir verdad, casi no se puede hablar ni de tradición —entendiendo ésta como acervo cultural de todo un pueblo—, pues sus últimas voces se reducen a una sola familia, la de los Medina de Los Aceviños, con derivaciones en Pavón y Benchijigua. Y ni siquiera ese último eslabón es consciente ya del poema en su integridad: un solo miembro de la familia fue capaz de reconstruir para nosotros, como si de un puzzle se tratara, con mucho esfuerzo y con mucho tiempo por delante, las piezas —los versos— del conjunto. A eso no se le puede llamar vida tradicional. Eso, en todo caso, es la arqueología de una tradición. Es la historia del romance perdido.

MAXIMIANO TRAPERO

radores de la tradición canaria. En la isla del Hierro con el descubrimiento del *Virgilio*, otro de los romances viejos más raros —salvo en la tradición sefardí— que se pueden encontrar en la tradición moderna (Vid. Maximiano TRAPERO, *El romancero de la isla del Hierro*, Madrid: Seminario Menéndez Pidal - Cabildo Insular del Hierro, Ed. Gredos, 1985); y «El romance de *Virgilio* a la luz de nuevas versiones canarias», en *Actas del III Congreso Internacional sobre el Romancero y otras formas poéticas tradicionales*, Madrid (en prensa). En la isla de Gran Canaria con los romances de *Gaiferos* y *¿Por qué no cantáis, la bella*, este último en versión autónoma y no, como es general, en versión «a lo divino» y como motivo incorporado a otros romances de tipo religioso. Vid. Maximiano TRAPERO, *Romancero de Gran Canaria, I* (Las Palmas: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1972). Y en la isla de La Gomera, además de *Río Verde*, con nada menos que diecinueve versiones de *Lanzarote y el ciervo del pie blanco*, del que hasta ahora sólo se conocían cuatro versiones modernas, dos de *El Cid pide parias al rey moro*, romance totalmente inédito en la tradición oral moderna, y una de *Paris y Helena*. Vid. Maximiano TRAPERO, *El romancero de la isla de La Gomera*, Seminario Menéndez Pidal-Cabildo Insular de La Gomera, Ed. Gredos, Madrid (en prensa).